THE HORUS HERESY®



BJORN: LONE WOLF

A short story by Chris Wraight



LA HEREJÍA DE HORUS

BJORN, LOBO SOLITARIO

CHRIS WRAIGHT

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Lobos Espaciales

BJORN	Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, *“el Unamano”*

Por donde corre, la tierra arde. Avanza tan rápido que es como si volara, apenas toca la superficie carbonizada, arrastra consigo las lenguas de llamas azuladas que asoman por las fisuras bajo sus pies. El cielo hierve sobre su cabeza, hendido por la aurora de un velo cada vez más delgado.

Ha visto a su presa, sobresale por encima de la masa bullente de cuerpos, y eso es suficiente. Las hachas se alzan, recortadas contra el fuego que es su telón de fondo, arrojadas a las caras de los condenados que no dejaban de gritar. Pero ninguna es la suya.

El Rout al completo lucha en el campo de batalla de Velbayne, su furia liberada contra una hueste de pesadilla. Han soltado a los Lobos, los han arrojado al horno de la forja, justo donde desean estar. Las manadas luchan, sus miembros se cubren unos a otros, forman paredes de escudos y cuñas de hachas. Aullantes criaturas de la noche se estrellan como olas contra ellos, aunque sus chillidos se congelan en las gargantas impías cuando se enfrentan a la ira de Russ. El primarca lucha allí, aunque su inmensa presencia queda oculta: hay horrores suficientes en el campo de batalla para mantener ocupado incluso al Rey Lobo.

En cuanto a él, no tiene manada que proteja su avance, nadie que cubra su desesperada carga. Ha estado solo el tiempo suficiente como para haberse desprendido de la sensación de extrañeza que aquello conllevaba. Hace girar su hacha como si fuera unas boleadoras; el arma silba, acelera, acumula inercia para el golpe.

Su presa está frente a él. Es masiva y crustacea, late con la energía del fuego negro que arde en su interior. Sus alas se extienden hacia la noche torturada, desgarradas y patagiales. Sus pezuñas cuartean la tierra que pisa, la hoja de su arma parece desgarrar el aire mismo, su bramido hace que el mundo se estremezca. Es una visión de los terrores mortales amalgamados a unas proporciones colosales y forjados en el corazón de la locura. Avanza a zancadas por los campos de muerte, abriéndose camino con golpes fulgentes. Los fuegos de la superficie se alzan dándole la bienvenida, lamiendo sus músculos de un rojo arterial y reflejándose en las espinas que rezumaban icor. Su alargada cara taurina está erizada de colmillos, rematada en una corona de cuernos, retorcida en una expresión de furia exultante.

Acelera. Ya había visto antes a aquella criatura. Reconoce las espirales grabadas sobre la piel demoníaca, el hacha que blande, las runas de maldición labradas sobre las placas de hierro. Recuerda lo que ocurrió la última vez que sus destinos se cruzaron. ¿Cómo podría olvidarlo? Apenas es capaz de recordar nada más.

La criatura lo ve, y el rugido de desafío sacude el campo de batalla. Clava una pezuña en tierra y desde el punto de impacto irradia fisuras que recorren la corteza calcinada. Balancea pesadamente su arma, dejando a su paso haces de sangre hervida.

Para entonces ya va a demasiada velocidad como para detenerse. Salta, superando las filas de horrores inferiores, embistiendo y atravesando sucesivos e ineficaces cordones de defensa. Y grita por primera vez en años. Libera su lengua, mantenida en silencio desde que el último de sus hermanos de manada ardió en las piras. Clama sus nombres en el orden en que cayeron en combate. Les hizo una promesa a sus fantasmas cuando las ascuas funerarias aún brillaban como estrellas moribundas.

Alvi. Grita el nombre en el momento en que golpea a la criatura por vez primera. Sangre de la consistencia del magma empapa la hoja de su hacha. Alvi, quien no tenía sobrenombre alguno, quien era el más puro de todos ellos. Alvi murió con la coraza aplastada bajo las pezuñas de la criatura, asestando hachazos a la carne antinatural incluso mientras su casco se anegaba de sangre.
El demonio aúlla, descarga en un arco su propia hacha, pero él es demasiado rápido. Se mueve como un relámpago, girando para alejarse de los golpes y volviendo a acercarse como un ataque de lanza: inatrapable, imparable.

Byrnjolf, Relator de historias. El escaldo, pesado de músculos pero ágil de lengua, el portador de la saga de la manada y la memoria de sus luchas. Byrnjolf murió cuando la criatura lo sorprendió con un puñetazo ascendente que lo arrojó al lodazal interminable de las llanuras miasmáticas de Gryth. Con el Relator muerto, las historias se hundieron en el silencio.
El demonio intenta el mismo truco con él, pero ahora ya es demasiado astuto como para dejarse engañar así. Es más viejo, ha sido templado en fuegos más ardientes que los que asolan este mundo. Esquiva velozmente hacia un lado, trazando una espiral con su cuerpo que impulsa el siguiente golpe.

Eirik. De pelo dorado, vital. Eirik lo había herido seriamente antes de su fin, había escalado por el cuerpo mismo de la bestia para apuñalarla.

Él hace lo mismo en ese instante: aprovecha que su masa es más pequeña, vuelve ineficaz la fuerza de su oponente gracias a su propia velocidad. El hacha del demonio cae, pesada como un péndulo, errando el golpe apenas por un dedo. Él le clava su hoja en el pecho, se apoya sobre ella y la emplea como un pico a la vez que se aferra a las cadenas de hierro que cubren a la criatura para trepar cada vez más alto.

Gunnald Portaescudo. ¿Cómo pudo morir Gunnald? ¿Qué fuerza pudo acabar con un bastión de defensa tal? Gunnald había encajado los golpes más terribles hasta el final, blandiendo su martillo de trueno y escupiendo maldiciones incluso mientras lo estrangulaba.
No intenta emularlo. No tiene la envergadura ni el peso de Gunnald, por lo que sigue confiando en su velocidad, trepando por las placas de la armadura de hierro del demonio. La criatura intenta sacudírselo de encima, pero no lo consigue. Puede sentir como crece su miedo: ahora ya sabe quién es.

Hiorvard. *Hrani*. Los gemelos, luchando juntos como siempre, apuntando con sus bólteres e inundando el aire con cortinas de poder explosivo. Cayeron cuando la criatura rompió el asalto y derribó al último de los luchadores que blandían filos. Recuerda la forma en la que tiraron a un lado sus armas de fuego, desenvainaron sus espadas y cargaron. Murieron como habían vivido: hombro con hombro.
Ya no quedan más nombres. Ahora lucha como si estuviera poseído, escala hasta los hombros de la bestia clavando alternativamente su hacha y su mano artificial. La criatura sigue intentando sacárselo de encima como momentos antes, pero sus garras son demasiado afiladas. Todo en él es ahora más duro, más profundo, más viejo, más sabio, más resistente. Al matar a su manada lo convirtió en un verdugo de talla apocalíptica. Es como el viejo cazador de leyenda: su fuerza se alimenta de la propia matanza.

La criatura se retuerce y logra arrancarle el hacha de la mano. Ve la hoja caer, reflejando el rojo de la tierra, y lanza un bramido de triunfo. Esa pequeña pausa infinitesimal es su último error.

Ha estado esperando eso. Su garra de lobo alcanza el cuello de la criatura. Las hojas de adamantio, cada una crepitando por la energía actínica, cierran su presa alrededor de los tendones demoníacos, presionando las fibras musculares. Deja caer su peso, se clava en él. Se aferra a la coraza. Se hunde más profundamente, arrancándole el aire físico de sus pulmones no físicos. Aprieta los colmillos. Sangra

por las heridas que la criatura le ha infligido. La piel le arde, las venas le laten de manera dolorosa, su fuerza empieza a agotarse. Pero no cede, sigue exprimiendo la vida de aquella criatura mientras cae de rodillas. La lucha brama a su alrededor, un remolino de rabia implacable, pero el demonio ya no puede verla: sus ojos rojos lo miran una última vez, y él le devuelve la mirada. Se retuerce, pero no lo deja escapar.

Sólo cuando la criatura ha desaparecido, cuando su envoltura mortal comienza a disolverse en ceniza y cieno, es cuando levanta su garra ensangrentada en señal de triunfo. Se arranca el casco y alza su desgreñada cabeza hacia el cielo. Saboreando el aire sin filtrar, aúlla su victoria.

Sus hermanos aúllan con él. Saben que ahora volverá con ellos. Ellos saben lo que de verdad ha matado en ese combate.

Se pone en pie sobre los restos del cadáver humeante del demonio, aplasta con sus botas los huesos de los hombros. Sólo queda un nombre que clamar, el último miembro de la manada, el que ha cazado a través de un mar de estrellas de venganza, aquel a quien han llamado *Lobo solitario* por tantos años.
Bjorn.

FIN DEL RELATO